

Abrazo comunitario, 20 x 30 cm. Acrílico sobre lienzo

SECCIÓN

Amor y sexuación en la adolescencia

DEL AMOR Y LA SEXUALIDAD EN LA ADOLESCENCIA

Héctor Gallo

Psicoanalista | Profesor titular del Departamento de Psicoanálisis, Facultad Ciencias Sociales Universidad de Antioquia | Psicoanalista Analista Miembro de la NEL Medellín y de la Asociación Mundial de psicoanálisis (AMP)

https://fchportaldigital.unsl.edu.ar/index.php/nudos

Nº2 ISSN: 2953-3341 Septiembre 2023

Introducción

¿Qué se pone en juego en un encuentro entre dos adolescentes que apenas se están iniciando en la vida sexual? Esta no es una pregunta fácil de responder y no es común que los educadores que trabajan con adolescentes se la planteen. En lugar de reducir la educación sexual de los adolescentes a informarles sobre lo que ya saben -usar el preservativo para evitar embarazos no deseados y enfermedades de transmisión sexual, no ir a la cama sin amor-, habría que preguntarse ¿qué se entiende por el amor y la sexualidad en un adolescente y para responderse habría que escucharlos uno por uno?

La dificultad de responder a una pregunta como la planteada, radica en que dos adolescentes no se juntan en el sexo de manera natural, porque no lo hacen para reproducir, además se les recomienda que no sea así ya que hay que evitar los embarazos a temprana edad. Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que no dejan de producirse acontecimientos inesperados, tales como el contagio de una enfermedad de transmisión sexual y el embarazo llamado adolescente. De un encuentro sexual puede quedar el disfrute, pero también un daño, una frustración, ciertos temores, el arrepentimiento y no faltan las decepciones. Lo común es que después de un encuentro sexual, se trate de un joven o de un adulto, ninguno de los protagonistas quede igual que antes, porque se trata de un acto con consecuencias.

No hay felicidad en el encuentro sexual

Lo que más comúnmente escuchamos los psicoanalistas sobre la vida sexual, no es lo feliz que son las personas con ésta, sino más bien los sinsabores. Las mujeres suelen coincidir en que la primera vez fue más o menos horrible o que no fue tal como lo esperaban o que el asunto pasó sin pena ni gloria y, en general, que hubo decepción porque entre lo esperado y lo obtenido sintieron un abismo. Una joven dice en análisis haber encontrado la primera vez que fue a la cama con un chico, algo que para ella se convirtió en condición de goce: que su pareja sexual deberá producirle dolor físico para sentirse conforme en el encuentro. Confiesa que a lo mejor descubrió la vinculación del dolor con la satisfacción en su primera relación sexual, pues en lugar de encontrar placer y algo parecido al amor, encontró el dolor asociado al sexo.

La vida sexual entre los seres humanos no es tan sencilla como cuando dos animales se aparean, porque lo que sucede entre ellos ya está programado por el instinto, todo sucede de manera natural y del mismo modo. Digamos que el animal es feliz con muy poca cosa, no requiere innovación, en cambio los humanos son más exigentes y tienen muchas complicaciones con el asunto de la satisfacción.

No son dos organismos los que se juntan cuando dos adolescentes deciden irse a la cama, sino dos subjetividades, es decir, dos seres con sentimientos y expectativas a veces diferentes, sin contar con que en la fantasía de cada uno hay otras personas que también intervienen imaginariamente. Están el papá, la mamá, alguna otra mujer u hombre, en fin, es mucha gente la que interviene como para que se

Nº2 ISSN: 2953-3341 Septiembre 2023

compliquen las cosas hasta el punto de que no sea posible decir que fue algo inolvidable.

En consecuencia, el primer encuentro sexual casi nunca resulta memorable, no porque falte preparación, sea necesario conocerse mejor, esperar hasta tener unos años más o porque regularmente se lleva a cabo de manera irreflexiva y sin mediar palabras, sino porque en el campo sexual es donde con mayor rigor se expresa, entre los humanos, una separación entre ser y cuerpo, es decir, una falta de armonía.

La falta de armonía entre ser y cuerpo, trae complicaciones en distintos aspectos de la vida, sobre todo en el sexual y el amoroso. Una de las razones por las cuales proliferan las cirugías estéticas en la actualidad, es buscando hacer coincidir el cuerpo real que cada uno tiene con la imagen narcisista de sí mismo. El amor, por ejemplo, no se dirige al cuerpo del otro sino a su ser, en cambio la atracción sexual se remite al cuerpo y, fundamentalmente, a la imagen de éste, que en alguna medida redobla la propia.

Si el sexo entre los humanos fuera equivalente a la "fusión de dos células germinales diferenciadas, que tienden a asegurar la reproducción, a prolongar la vida y a conferirle la apariencia de inmortalidad"[1], hablar de sexualidad, informar, educar y orientar a los niños y a los adolescentes, sería algo tan sencillo que cualquiera lo podría hacer después de algunas horas de capacitación y lectura de una enciclopedia de biología. Si la llamada educación sexual ha fracasado en materia preventiva, es porque se ha hecho a partir de un saber enciclopédico sobre los órganos reproductores, y dado que este saber remite a verdades biológicas y no cuenta con la implicación subjetiva de cada quien cuando se decide un contacto íntimo, deja por fuera lo que para cada adolescente tiene valor de enigma en cuestión de sexo.

Que en la actualidad se hable del amor y el sexo en radio y televisión, se eduque sobre esto en escuelas y colegios mediante conferencias y talleres, que se inventen aparatos, pastillas y productos para que cada quien se ayude y así las cosas sean más agradables, que existan páginas de Internet llenas de imágenes pornográficas y líneas calientes para su consumo, más diversas formas de satisfacción que no pasan por la genitalidad, da cuenta de que el asunto del amor y el sexo no depende de los órganos, sino de lo que significa para cada uno ser hombre o ser mujer.

Mientras la sexualidad como reproducción biológica "perpetua una descendencia"[2], el sexo hace perdurar formas diversas de satisfacción, como si existiera en cada uno de nosotros una pulsión, un empuje, algo que no se conforma con un solo objeto. Es por esto que cuando un padre de familia o un profesor explica a sus hijos o a sus alumnos, que el sexo es natural y nada más tiene que ver con la reproducción y el engendramiento, queda como un tonto. Los jóvenes se dan cuenta desde niños que el sexo es algo distinto a "la raza y el linaje [...]"[3].

Sexualidad, deseo, amor y ley

Si el sexo fuera natural, no tendría por qué pasar por distintas prohibiciones, ni ser fuente de preocupación para padres y educadores con respecto a los adolescentes, a quienes con respecto al sexo se les atribuye falta de prudencia e impulsividad y cierta ociosidad. El uso que se hace del sexo suele ser fuente de mortificación, pregunta, dificultad entre las parejas, causa de malos encuentros, de separaciones, asesinatos, violaciones, legislaciones

Nº2 ISSN: 2953-3341 Septiembre 2023

para proteger a los niños del abuso sexual y de preocupación para la salud pública.

¿Quién encuentra la felicidad en el sexo? No la encuentran los cuerpos que se reúnen por amor, deseo o impulso, sino un órgano llamado pene, órgano que tiene enorme significación tanto para hombres como para mujeres. El pene se vuelve especial entre los humanos, porque la satisfacción que se obtiene gracias a él, puede separarse de la satisfacción concernida "en el conjunto del campo constituido" por los demás aparatos sexuales.

En la actualidad los adolescentes se inician no digamos en el amor sexual, sino en el sexo, en edad cada vez más temprana, y de este modo se percatan prematuramente que la satisfacción del pene para los dos sexos siempre es muy local, muy excepcional. Es tan contundente el valor del pene en la vida sexual humana, que de la función de "tumescencia y detumescencia", depende en gran medida el comienzo y la duración de las relaciones sexuales entre hombres o entre hombre y mujer, no así entre mujeres. Uno de los problemas a los que se enfrenta un adolescente hombre, tiene que ver con la pregunta de si estará a la altura con sus erecciones, si, por ejemplo, le preocupa el tamaño del órgano, si sus erecciones son poco duraderas o si en ocasiones ni siquiera se producen. La reacción subjetiva más común cuando esto sucede es sentirse disminuido en su ser viril.

El efecto más inmediato del sentimiento de disminución viril en un adolescente heterosexual, es el de construir una "barrera física y mental" con las mujeres que le atraen. Cuando alguien supone que no está en condiciones de ofrecer a una mujer lo que cree que espera en el orden del placer, estará preocupado. A una mujer, por su parte, no le preocupa cómo hacer para que un hombre goce con ella, sino qué debe ser para hacerse amar.

El funcionamiento deficitario del órgano, cuando ya no hay manera de restarle importancia porque ha hecho quedar mal repetidamente a su portador, suele trasladarse a la subjetividad bajo la forma de preocupación y angustia anticipatoria de una imposibilidad. En estos casos, sentirse atraído por una mujer, opera como señal de angustia, porque la imaginación se ve invadida, no de felicidad, sino de temor porque podría causarle frustración y malestar si se le aproxima.

El escenario psíquico de impotencia anticipada que suele configurarse en aquellos hombres que padecen disfunciones sexuales, no se reduce al sexo con el otro, pues los sujetos que se quejan de déficit en su erección, cuando asisten a un análisis pronto descubren que hace parte de una manera de relacionarse con las cosas que implican responsabilidad y puesta en operación de un deseo. Esto es lo que el síntoma de la falta de erección suele dejar al descubierto y es lo que no se supera con las ayudas que ofrece el mercado, ayudas que, si bien pueden servir para que la corriente sanguínea se produzca, no insuflan la potencia del deseo.

Con respecto a la impotencia del ser, actualizada por la falta de potencia del deseo que se refleja en la ausencia de erección del órgano, un joven que viene a verme decía: "siempre me he conducido en la vida guiado por una ideología del no compromiso con las mujeres, pero ahora que me siento enamorado y que he pensado en comprometerme seriamente, me doy cuenta que todo ese cuento de no arriesgar la libertad, no era sino una manera de enmascarar la desesperación que me produce el hecho de temer no ponerme sexualmente a la altura de lo que se espera de mí. Como siempre me ha asistido una cierta cobardía con las mujeres, las he preferido efímeras y desconocidas, no he sido más que un coqueto que no tiene con qué".

Mientras las mujeres ocuparon el rango de desco-

Nº2 ISSN: 2953-3341 Septiembre 2023

nocidas con las cuales podía tener una aventura sin amor, ni compromiso, sin palabra, ni deber de dar explicación ninguna si las cosas no salían bien en el plano sexual, la angustia se mantuvo bajo control. Si bien era común no funcionar bien, tampoco tenía obligación de rendir cuentas de su fragilidad viril, ya que después del encuentro se había establecido que cada quien tomaba por su lado.

El problema se agudizó cuando se sintió enamorado y empezó a desear a una mujer por fuera de la serie de las efímeras que no son las indicadas. Aquí aparece la ansiedad, la indignidad, los temores, las inseguridades, la angustia de no responder y de quedar en deuda. Cada posibilidad de encuentro con la mujer que desea es anulada, pues se anticipa la angustia de no responder, de no ser capaz, de quedar expuesto, desnudado en su fragilidad e impotencia para propiciar placer, y así aumenta cada vez más la inhibición.

La disminución real e imaginaria del valor viril, implica un sentimiento de deuda con el otro, un fantasma de humillación permanente, una degradación de la imagen de sí y una serie de incertidumbres con respecto al ser sexual. Para aquellos en quienes el órgano tiene significación preciosa, es más grave que no funcione a que no fecunde. En el primer caso, implica una mortificación del sujeto por no poder garantizarle la felicidad del goce al otro amado, en el segundo, es un síntoma de la pareja cuando quieren tener hijos.

Cuando la imposibilidad de reproducción se vuelve síntoma de la pareja, la ciencia responde con distintos métodos artificiales y también existe la adopción. Pero que una impotencia del ser se refleje en el órgano triste y en una actitud de vida atravesada por la cobardía moral, es algo que la ciencia no resuelve mediante sus medicamentos, porque tiene que ver con una enfermedad del deseo.

Del deseo y el amor que no existe en el animal

La sensación de no ver en el sexo algo familiar, conocido, cercano, digerible y acomodado en el lugar que conviene, explica, por ejemplo, por qué los niños en cuestión de sexo preguntan constantemente sobre lo mismo, fabrican diversas fantasías y no quedan satisfechos con las respuestas que reciben de los adultos. Hay un deseo que brota desde muy temprana edad, que retorna en los adolescentes sin que sepan qué hacer; es un deseo que no depende de la sustancia viviente, sino de “las fuerzas que operan sobre ella”[4]. El deseo no tiene que ver con el desarrollo de los órganos, no es lo mismo que la necesidad y los anhelos, ni supone la existencia de dos seres que por su diferencia habrían de reunirse en relaciones sexuales que resultarían bastante simples.

El deseo no existe en los animales y por fortuna existe en los humanos, pero complica mucho su vida sexual, porque uno no desea lo que tiene sino lo que le falta. Como los animales no tienen un cuerpo, sino que son un organismo, cuando se aproximan a otro organismo, en lugar de fascinarse por creer que han encontrado lo que les hacía falta, simplemente se aparean, pero no aspiran a establecer un vínculo. En cambio, cuando un ser de lenguaje encuentra pareja y por fin cree haber alcanzado lo que tanto estaba buscando, experimenta un instante de fascinación y felicidad, se siente realizado, pero esto no dura indefinidamente, pues tarde o temprano empezará a querer otra cosa. Querer otra cosa distinta a la que se tiene, si bien es clave para la superación personal y el avance de la civilización, también es peligroso porque puede

conducir a malograr lo que se ha conquistado con esfuerzo.

Si lo fundamental en cuestión de sexo es la carencia propia del deseo y no la felicidad ininterrumpida del buen encuentro para reproducir, nada garantiza que cuando se juntan dos seres resulte la armonía natural del sexo creado por Dios, en lugar del sufrimiento y la mortificación, porque las cosas no resultan como se esperaba.

Es por el deseo que la economía del sexo en los humanos es muy distinta a la economía sexual de los animales. Mientras los humanos suponen que es en el sexo donde se goza y por eso se ven empujados a abusar de éste desde temprana edad; en los animales ocurre lo contrario porque allí no tienen mayores aspiraciones. Lo principal necesidad del animal es la supervivencia y no el sexo.

El animal tiene la posibilidad de moverse en una economía mínima, no necesita obtener demasiado goce, o sea que en cuestión de sexo se queda sin averiguar absolutamente nada sobre los medios de obtener satisfacción, pues al no haber deseo en juego, se conduce de acuerdo con el saber ancestral del instinto. Con respecto al sexo de los animales, no hay enigma porque todo cuanto suceda puede explicarse a partir del estudio de la sustancia viviente y de las células germinales.

Los humanos no sabemos mucho sobre el sexo, de lo que si sabemos es sobre los medios de goce que convienen supuestamente para ser felices. Es por esta ignorancia que nos caracteriza en materia de sexo, que mantienen vigencia, por ejemplo, los sexólogos y todas aquellas técnicas mediante las cuales se quiere hacer creer que se posee el secreto del goce y que hay quienes lo venden a todos aquellos que se sientan excluidos de él. En esta vía el sexo se aproxima más a la perversión que al amor, pues lo que un perverso esgrime y de lo que suele abusar cada vez que tiene la oportunidad, es del saber sobre el goce que conviene para hacer ser feliz.

Lo que diferencia a una persona que se relaciona con el sexo ajustándose a las limitaciones de la ley del deseo y del amor, de otra que sólo quiere gozar, es que la primera se conduce frente al sexo contando con el ser del otro, en cambio la segunda no. Es común que los hombres en las relaciones sexuales se presenten, en un alto porcentaje, como si fueran portadores de un saber más depurado sobre el goce que las mujeres. Mientras a ellos el órgano les permite localizar el goce de manera más precisa y si les funciona esto les procura adoptar socialmente el semblante de tener un saber hacer como hombres, a ellas la privación real, su constante confrontación con la nada, las deja en una mayor incertidumbre frente al sexo.

No faltan por supuesto los hombres jóvenes que buscan mujeres experimentadas, no propiamente para enamorarse de ellas, sino para que les enseñen lo que hay que hacer en cuestión de sexo. De igual manera, abundan las mujeres que visitan al adivino o adivina en busca de una indicación acerca de cómo hacer para retener al ser amado o en su defecto para encontrarlo. Las preguntas sobre el sexo siempre quedan por resolver, de ahí que una y otra vez, en los distintos tiempos, tanto los hombres como las mujeres vuelvan sobre las mismas incertidumbres en materia sexual y sobre la búsqueda del Otro capaz de garantizar la felicidad.

Notas

1- Miller, J.-A. (2002) *Biología lacaniana y acontecimiento del cuerpo.* Colección Diva (p. 20).

2- Ibíd.

3- Lacan, J. (1992). *El Seminario 17 El Reverso del psicoanálisis.* Paidós (p. 79).

4- Miller, J.-A. *Biología lacaniana,* Op. cit, (p. 21).